



## JOURNAL PROYECTO ÉTICA

Revista académica electrónica del Grupo Proyecto Ética

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

ISSN 3072-7359

Vol. 2, núm. 1 (2025) / pp. 35-39

### Infancias enojadas

*Angry childhoods*

35

**Carolina Méndez Alí<sup>a</sup>**

Hospital Tornú  
Ciudad de Buenos Aires

#### Resumen

El artículo presenta un análisis del aumento de las consultas de niños y niñas de escolaridad primaria que presentan episodios de "enojos" agudos. Se propone analizar una posible lectura desde la clínica psicoanalítica lacaniana frente al auge del Mindfulness, aplicado directamente al ámbito escolar, lo cual conlleva potenciales estigmatizaciones y prácticas de disciplinamiento que la autora cuestiona.

**Palabras clave:** mindfulness - clínica con infancias - escuela - adultocentrismo - disciplinamiento

#### Abstract

The article presents an analysis of the increase in consultations involving primary school children exhibiting intense episodes of anger. It seeks to explore a possible reading from the perspective of Lacanian psychoanalytic clinic in response to the growing use of Mindfulness in school settings, highlighting the potential for stigmatization and disciplinary practices, which the author critically questions

**Key words:** mindfulness - childhood clinic - school - adultcentrism - disciplining

#### Introducción

La clínica con infancias es un escenario dinámico y sorprendente. Es fuente de constante interpe-lación para el analista: si un niño decide entrar o no al consultorio, si lo hace con su acompañante, el rol del umbral, la interlocución con palabras, juegos, canciones, silencios, ruidos, animales

---

<sup>a</sup> Psicóloga graduada en la UBA (2000). Especialista en clínica. Integrante del Equipo interdisciplinario de Salud Mental de la Guardia en el Hospital Tornú desde 2018. Trabaja en clínica con infancias y adolescencias. Fue Residente del Hospital Tornú hasta 2006. Se formó en psicoanálisis, ciencias sociales y salud pública (Facultad Ciencias Sociales UBA, UNLa). Fue docente en la Facultad de Psicología de la UBA hasta 2023. Es poeta y estudiante de Letras (UBA). [cmendezali@gmail.com](mailto:cmendezali@gmail.com)

domésticos. Los no humanos del consultorio (en nuestro caso, dos gatos y un tortugo) participan en ocasiones del trabajo, no solo como técnica sino por su valor significativo que, en varias ocasiones, pueden producir incluso un efecto de intervención clínica.

Una de las sorpresas es la del aumento de las consultas por los llamados “ataques de ira” de niños y niñas de preescolar y primer ciclo de la escuela primaria. Subrayamos que estos episodios son nombrados así por los adultos, quienes los sancionan como “ataques de ira”, con una rémora inevitable a los llamados “ataques de pánico”. La clínica nos pone en diálogo no solo con padres y madres asustados e inquietos por la “ira” episódica de sus pequeños, sino que también nos acerca a docentes, con mayor o menor grado de adultocentrismo y desesperación, que solicitan que el niño no interfiera en el funcionamiento de las clases. Mientras algunos sostienen una posición empática respecto del pequeño en cuestión y su familia, otros se aferran a la normativa y, en consecuencia, lo ubica en algún lugar marginal de la distribución de lo “normal”. Así es que, por varios caminos, el niño llega a la consulta con el analista. En este punto, cabe aclarar que muchas veces se dirige la derivación a un psicólogo con orientación en TCC, con argumentos en relación con la efectividad y la corta duración de los tratamientos.

Un analista de infancias primero escuchará en entrevista a los progenitores y otros adultos intervinientes y, finalmente, conocerá al pequeño. Una primera posición a adoptar se orienta hacia descomprimir el cúmulo de mandatos que suelen pesar sobre uno o ambos progenitores concernidos por el señalamiento de la institución (escuela, familia) respecto del pequeño. Con descomprimir nos referimos a introducir el tiempo, el espacio, el contexto. Somos sobre todo seres sociales, hemos atravesado una pandemia –que aún se cobra sus efectos inesperados–; tenemos pérdidas y duelos en nuestro haber, crecemos, tropezamos, vacilamos. Eso sí, nunca nos reseteamos como las máquinas. Por eso, sabernos seres complejos (y complejitos) suele abrir posibilidades de trabajo analítico y nombrar mandatos –que no dejarán de estar presentes- pero que, al ser transformados en texto, son pasibles de ser tenidos en la mira para su eventual elaboración.

## Desarrollo

Hace varios años, la cultura produce un conocimiento sobre las emociones que va de la mano del avance de las neurociencias, y esto resulta auspicioso en varios sentidos.<sup>1</sup> Ahora bien, nos llama la atención la asociación que se da entre el llamado *Mindfulness* y ciertos usos o aplicaciones del mismo en el ámbito escolar. Definiremos el *Mindfulness* o *Atención plena* como una práctica que, basándose en algunos principios del budismo, propone “prestar atención de manera consciente a la experiencia del momento presente con interés, curiosidad y aceptación”<sup>2</sup>. Si bien dicha práctica puede acompañar ciertas formas de meditación o disciplinas físicas como por ejemplo el yoga, quisiéramos centrarnos en la lectura que Ronald Pursner propone en su libro *McMindfulness* (2019)<sup>3</sup>:

Practicando mindfulness las personas pueden aprender a manejar sus reacciones emocionales y sus impulsos (...). Aun cuando esto suene beneficioso, oculta algunas

<sup>1</sup>No nos declaramos en absoluto en contra de las neurociencias que avanzan de la mano de la psicofarmacología en la medida en que, bien administrada, disminuya el padecimiento de los usuarios.

<sup>2</sup> Definición extraída de Sociedad Mindfulness y salud, en <https://www.mindfulness-salud.org/mindfulness/que-es-mindfulness/>

<sup>3</sup> Disponible en <https://terebess.hu/zen/mesterek/McMindfulness.pdf>

consecuencias. En primer lugar, promueve la mirada sobre uno mismo (...) alejando la atención respecto de las fuentes de estrés en la sociedad moderna como por ejemplo la inequidad y la injusticia. Como resultado, se refuerzan las causas de sufrimiento. En segundo lugar (...) vivir en armonía con el mundo significa aceptar el capitalismo como es dado. No se necesita entonces crítica alguna o visión del cambio social. (p. 19)<sup>4</sup>

Las instituciones educativas, de cualquier línea, han comenzado a introducir hace años, estos conceptos y prácticas, con más o menos formación en la materia, para proveer conocimiento sobre las emociones humanas –todo dicho en términos de las neurociencias–. Hay también literatura infantil sobre la materia. Se trata de textos que inclusive asocian determinados colores a cada emoción (el enojo en cuestión va de rojo, en una breve rima que nos da remanso). También la industria cinematográfica ha producido, con más o menos belleza, películas que representan a las emociones con personajes coloridos. La conmovedora “Intensamente” (*Inside out*) versa sobre la pubertad de su protagonista y el arremolinamiento de emociones (sin embargo, algunos creemos que el tema clave del film es el duelo). La más reciente “Elementos” (*Elemental*) hace del personaje iracundo la protagonista, con un desenlace que –sin anticipar y revelar la trama– la ubica en una genealogía historizante y la alivia.

¿Pero qué ocurre con estos productos culturales que se afanan en clasificar las emociones? Se multiplican porque ellas se les escapan, se mezclan, se esconden y se rebelan, como las palabras, porque todo nuestro mundo es significativo. Después reaparecen en episodios disruptivos, en inhibiciones, en posiciones aparentemente indolentes también. El afán clasificatorio no deja de ser un ideal<sup>5</sup> que, como tal, siempre está en un lugar otro respecto de nuestra compleja realidad. Estábamos por escribir complejo “presente” y notamos que ese tiempo verbal es el favorito del Mindfulness también. Se invita a detectar la emoción del momento presente (que al instante, sabemos, es pasado más o menos pretérito). Y aquí es donde yace nuestro cortocircuito principal con esta perspectiva. Retomamos a Pursner:

Las escuelas enseñan a los alumnos a abordar los problemas mediante la autopacificación. El asunto es cómo reaccionan, no a qué reaccionan. Este tipo de acercamiento aleja la atención del mundo exterior. Mindfulness puede ser una práctica emancipadora y fortalecedora, que explore formas de cambiar las condiciones sociales y las prioridades. Por el contrario, en el uso escolar, mantiene el *statu quo*. Los estudiantes aprenden a manejar su angustia y aceptar sus frustraciones meditando. Esto puede ayudarlos a enfocarse en el trabajo, pero a menos que también aprendan sobre las causas del estrés en las estructuras sociales, económicas e institucionales, los lazos entre educación y democracia están cercenados. (p. 135)

A la reflexión del autor, le sumamos la nuestra para intentar avanzar en la formulación de una pregunta que nos oriente: ¿qué implica entonces que a las infancias se las eduque

<sup>4</sup> La traducción de los fragmentos del libro que citamos para este trabajo es nuestra.

<sup>5</sup> Tengamos en cuenta que Freud nos enseña que bien cerquita del Ideal, como la cara y ceca de una moneda, está el Superyó. Y ahí la cosa se pone más oscura.

emocionalmente desde una perspectiva que propone hacer una lectura en tiempo presente del ahora, sin criticarlo? Pensarnos solo en el ahora, además de dejar a toda la poesía afuera de nuestra vida –lo cual resulta inimaginable desde esta autoría–, implica no historizar qué o quién o quiénes o cómo llegamos a experimentar determinada emoción en este presente de inmediatez.

Si a un niño le pedimos que aprenda a identificar qué le pasa ahora, estamos yendo en contra de que pueda ser sujeto histórico y biográfico de su ahora. Se nos opondrán argumentos en relación con la madurez, con la corta edad, con la responsabilidad. Sin embargo, argumentaremos desde el psicoanálisis para dar cuenta de infancias que, en su enojo, hacen ese ruido que resulta necesario para interpelar a los adultos –progenitores, docentes, instituciones– que los rodean. Es importante subrayar que no todos los adultos se dejan interpelar, y que serán parte de nuestro trabajo quienes, de un modo más o menos permeable, se dejen atravesar por el llamado de los pequeños.

Ubicamos aquí entonces la dimensión que queremos subrayar: el ruido disruptivo de un enojo agudo es un llamado. O bien, para nuestra práctica, la única posibilidad de abordarlo y sintomatizarlo es transformarlo en llamado. Si hay allí un adulto, progenitor o no, que pueda crear un puente –aunque se vea interpelado de modo inquietante o angustiante–, hay una posibilidad de abordaje y de alivio. Vale la pena preguntarse, como analista, si ese episodio disruptivo no llama a que se contenga amorosamente al pequeño en cuestión, a que se evite que se transforme en una situación potencialmente riesgosa y a que se haga una lectura compleja –en el sentido pleno del término complejidad– de la situación.

Vayamos unos años hacia atrás en el tiempo –como un juego– y pensemos en el dispositivo pandemia. El día a día se transformó: casi sin mediar tiempo, se pasó de la dinámica de la vida capitalista estándar –se trabaja afuera de la casa, se estudia en la escuela, se hace deporte en el club, se duerme en la casa, se visita al abuelito, se hace la fila en el banco o en el super, se acude al médico cuando algo molesta, se besa, se abraza, se come la galletita del otro y se toma de su vaso, se comparte el lápiz y la Voligoma<sup>6</sup>, se presta la ropa, se anda en bici, y ad infinitum– a un ostracismo forzado por la inminencia de la muerte física. Así, se trabajaba dentro de casa, se estudiaba dentro de casa, se hacía deporte dentro de casa, no se visitaba al abuelito, no se hacía fila en ningún lado, no se acudía al médico por casi ningún motivo, no se besaba, ni se abrazaba, ni había acceso a la galletita del otro, mucho menos a su vaso, ni a su lápiz o Voligoma, ni a su ropa, ni se andaba en bici casi. Después de un año, se volvía a la escuela y a algunos trabajos con barbijo y baños de alcohol en gel, con la prohibición del contacto y la del acercamiento a la galletita y o bebida del otro. Un año en la vida de un niño pequeño representa una proporción enormemente mayor al de un año en la vida de un adulto. Si pensamos en nuestra infancia, como adultos de hoy, ¿imaginamos un año sin escuela y otro con máscara? Tal vez sí, si fuéramos Ray Bradbury, pero en general, no. Porque hay una continuidad, una repetición pacificadora, que anda, que pasa desapercibida, y que nos sostiene en muchos sentidos. Y que cuando es interrumpida por una catástrofe –podría ser una pandemia, pero también una pesadilla–, se vuelve sonora, se hace enorme, ruidosa y hasta monstruosa.

<sup>6</sup> [Nota editorial: en Argentina, el término refiere a una reconocida marca de adhesivo sintético escolar]

## Conclusión

Quisiéramos llegar en nuestra argumentación a señalar el sufrimiento que puede implicar que se reimplante tras la pandemia un automatismo –para reponer un modo de producción– sin anteponer un trabajo sobre lo disruptivo. Equivaldría a decirle a un niño “ahora portáte bien porque la maestra tiene que dar la clase”, sin hacerle lugar a lo que no se queda quieto, o callado, o sentado, o productivo. Alojar entonces el enojo, y dejarlo hablar, y jugar, transmutar, cambiar de color y de tono, constituye para nosotros la vía de abordaje de una infancia que, cuando se enoja, nos marca el camino, si nos dejamos guiar.

## Referencias bibliográficas

Freud, S. (1914). *Introducción al Narcisismo*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Pursner, R. (2019). *McMindfulness. How mindfulness became the new capitalist spirituality (McMindfulness. Cómo el Minfulness se transformó en la nueva espiritualidad capitalista)*. 2019. Disponible en <https://terebess.hu/zen/mesterek/McMindfulness.pdf>

Sociedad Minfulness y Salud. Disponible en <https://www.mindfulness-salud.org/mindfulness/que-es-mindfulness/>